

**María Mercedes Botero, *La ruta del oro. Una economía exportadora, Antioquia 1850–1890*, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2007, 289 p.**

La obra de María Mercedes Botero se ha concentrado en el estudio de la historia antioqueña desde una perspectiva económica. Ese interés se ha traducido en varios trabajos que exploran el papel de los bancos y el “sistema financiero”<sup>1</sup>, especialmente durante el período de la “banca libre”, previo al establecimiento del Banco Nacional en 1880.

Sin apartarse del todo del tema financiero, su obra más reciente aborda el papel que desempeñó el oro en la economía regional durante la segunda mitad del siglo XIX. Lo novedoso del enfoque radica en que no se limita simplemente a recalcar la importancia que jugó la minería en Antioquia durante ese

período<sup>2</sup>, sino que la vincula con los fenómenos que estaban teniendo lugar en el resto del país y, muy especialmente, en los mercados internacionales.

De esta manera, para la autora resulta evidente que no es posible dar cuenta de las transformaciones que sufrió el sector minero de la Provincia de Antioquia, si al mismo tiempo no se entienden los profundos cambios económicos y sociales que se estaban produciendo por fuera de la región y que generarían una demanda muy importante por el oro antioqueño.

Botero muestra a lo largo del libro cómo algunos factores externos crearon

<sup>1</sup> BOTERO, María Mercedes, “Instituciones bancarias en Antioquia, 1872 – 1886”, Medellín, *Lecturas de Economía*, No.17, 1985; “El Banco de Antioquia: un modelo de banco regional, 1872 – 1886”, *Estudios Sociales*, No. 5, 1989.

<sup>2</sup> Otros trabajos ya se habían ocupado de ese tema, un ejemplo de ello es el clásico de Roger Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2000 (primera edición, 1977).

importantes incentivos para la inversión y la generación de riqueza, sin olvidar que paralelamente también se desarrollaban procesos que afectaron el desempeño del sector. Igualmente, considera el oro en su doble condición: como metal y como moneda, y se preocupa por entender el papel que jugó dentro de la economía regional bajo cada una de estas modalidades.

En el primer capítulo, la autora se concentra en las condiciones internacionales que estaban dinamizando la producción aurífera en varios lugares del mundo a mediados del siglo XIX. En ese sentido, hace breves descripciones de las “fiebres del oro” californiana (1848) y australiana (1851), que hicieron que el metal comenzara a llegar a los principales mercados europeos —especialmente el londinense—, en grandes cantidades.

El descubrimiento súbito de esta riqueza hizo que las regiones mineras atrajeran no sólo capitales, sino también una masiva migración de personas, que con el tiempo se convertirían en la demanda necesaria para que alrededor de la minería se desarrollaran otros sectores económicos como la agricultura y el comercio, que a su vez impulsarían la aparición de la industria manufacturera y el desarrollo de un importante sistema financiero y bancario.

Pero para el mercado mundial, la abundancia de oro —la oferta creció notablemente entre 1850 y 1877— no implicaba buenos augurios, porque se temía una caída del valor de dinero, que

estaba respaldado por el patrón oro. Es más, cuando se agotaron esas minas, y se pensaba que el oro volvería a escasear, los descubrimientos de nuevas minas en Sudáfrica y el Yukón, hicieron que para la década de 1890 la oferta mundial de oro volviera a crecer de forma sostenida. Sin embargo, esas profecías pesimistas nunca se concretaron y, por el contrario, los precios crecieron durante casi todo el período. La explicación —en la que Botero no profundiza— estaría en los aumentos igualmente significativos de la demanda por el metal.

Luego de esta mirada por el panorama mundial, en los capítulos dos al nueve, la autora se concentra en la minería antioqueña y el papel que ésta desempeñó en el auge aurífero que vivía el mundo. Pero de manera sensata, no pierde de vista que, si bien el oro antioqueño fue muy importante para la región y el país y que su producción creció sostenidamente durante casi todo el período, en el contexto internacional, su participación e incidencia —que nunca superó el 4% de la producción mundial— fueron más bien modestas.

De Antioquia, señala que la minería de oro no era nueva, de hecho, tenía orígenes prehispánicos y, como señala Ann Twinam<sup>3</sup>, ya para el siglo XVIII había vivido un importante auge que había multiplicado la producción regional por diez. Después del estancamiento que trajo consigo la Independencia, en los

<sup>3</sup> TWINAM, Ann, *Mineros, comerciantes y labradores: las raíces del espíritu empresarial en Antioquia, 1763 – 1810*, Medellín, FAES, 1985.

años veinte y treinta del siglo XIX, con la ayuda de extranjeros como Carlos de Greiff y James Tyrell Moore se reactivó la producción —especialmente la de veta—, y se introdujeron importantes avances técnicos como los molinos de pisón. Pero aún así, el sector mostró poco dinamismo, el que según la autora se explica por las trabas que imponía la legislación minera heredada de la Colonia.

El problema estaba en que las leyes coloniales prohibían la exportación de oro en polvo y barra, y sólo era posible hacerlo si primero se amonedaba en una casa de moneda, lo cual además de hacer enormemente lento y complicado el proceso, seguramente también le quitaba toda rentabilidad económica<sup>4</sup>. Esta situación empezaría a cambiar en la década de 1840, cuando ganó terreno la idea de que el Estado debía intervenir lo menos posible en la vida económica, y las leyes e instituciones heredadas de la Colonia fueron señaladas como una barrera para el crecimiento de la producción.

Así pues, con la extensa reforma monetaria librecambista llevada a cabo por Florentino González y Lino de Pombo durante el primer mandato de Tomás Cipriano de Mosquera, se derogó la prohibición de exportar oro en polvo y barra —ley 12 de mayo de 1846—, con ello, se esperaba una reactivación del

comercio de oro<sup>5</sup>, ya que cada minero y comerciante podría decidir si amonedar, exportar o simplemente atesorar el oro.

Así pues, Botero muestra con este caso cómo la legislación y otras restricciones formales juegan un importante papel en la creación de incentivos y desincentivos para la actividad productiva, ya que, en su concepto, habrían sido solamente las regulaciones tributarias las que limitaron la explotación minera hasta 1850.

Las disposiciones rápidamente generaron efectos, aumentó la exportación y algunos comerciantes crearon y reforzaron vínculos comerciales y financieros con las casas comisionistas en los centros europeos, además, se abrieron nuevas minas y algunos capitales extranjeros comenzaron a llegar, como en el caso de la mina de Frontino que fue comprada por inversionistas ingleses en un millón de pesos.

Sin embargo, el papel de los extranjeros estaba lejos de representar una corriente de inmigrantes de capitales, comparable a la que se observaba en las zonas mineras de otras latitudes. De ahí que sea inevitable preguntarse ¿por qué no se dio una “fiebre del oro” en Antioquia que atrajera flujos masivos de extranjeros? e, incluso, descartando esa inmigración por razones culturales

<sup>4</sup> Eso no impidió que mucho oro en polvo se exportara en forma de contrabando a Jamaica y otros lugares en las Antillas.

<sup>5</sup> Estas medidas las complementó la Provincia de Antioquia en 1850, ordenando que el oro quedara libre de toda contribución o gravamen.

y políticas<sup>6</sup>, ¿por qué no llegaron más capitales en busca de nuevos y más grandes yacimientos?

De hecho, el capital extranjero sólo tendría un rol preponderante en la minería a partir de 1880, y sería más bien el capital de los comerciantes locales el que fluyó en un primer momento hacia ese sector.

Por otra parte, la autora analiza el impacto de la guerra sobre la minería, encontrando una clara correlación entre los períodos de crecimiento de la producción con aquellos en donde primaba una cierta estabilidad política y militar. Así, observa cómo debido a la guerra de 1860 la minería cayó en un 10%, para recobrase y crecer sin interrupción hasta 1876, cuando la guerra de ese año llevaría a que la producción cayera en un 25%. El impacto de los conflictos en el mal desempeño del sector tendría unas causas bastante claras: reclutamiento de trabajadores, y escasez de moneda, pólvora, hierro y otras herramientas para la minería.

A pesar de todo, durante los años de paz se fueron introduciendo importantes innovaciones técnicas que permitieron dinamizar la producción. Aun si una comparación internacional revela que las minas antioqueñas utilizaban una tecnología bastante rudimentaria y que

no estaba al alcance de todo el mundo<sup>7</sup>. La explicación de este atraso relativo estaba, según los contemporáneos –y la autora–, en la difícil topografía de la región, ya que la región además de carecer de buenas vías de comunicación, tenía el agravante de que las minas se ubicaban generalmente lejos de los ríos navegables y en zonas infestadas de enfermedades tropicales, lo que se traducía en numerosas barreras para importar la maquinaria que requerían las minas. Ese problema no se presentaba en sentido opuesto, porque mover pequeñas cantidades de oro desde minas alejadas no era tan difícil dada la alta relación de valor frente al tamaño que tiene el metal. Entonces, la incapacidad de tecnificar las minas se convertía en un techo infranqueable a la producción, que sólo podía crecer hasta que la importación de equipos se hiciera indispensable.

De todas formas, las minas podían ponerse en funcionamiento sin tener que recurrir a una maquinaria muy costosa o sofisticada, y los niveles de producción que se alcanzaban parece que permitían obtener una rentabilidad lo suficientemente alta como para empezar a recuperar la inversión en poco tiempo. Por ello, no es claro por qué los comerciantes y mineros locales no se aventuraron en inversiones más grandes e incurrieron en los gastos para importar la tecnología necesaria. La explicación

<sup>6</sup> Esos interrogantes no dejan de tener problemas, por ejemplo, la autora recuerda que el gobernador de Antioquia en 1838 señalaba en un informe la necesidad de fomentar “la inmigración de extranjeros laboriosos y la introducción de capitales con el fin de reactivar la producción aurífera” (p. 52).

<sup>7</sup> Botero señala que el 40% de toda la maquinaria minera estaba controlada por la mina del “Zancudo”.

más convincente parece ser que la inestabilidad política del período jugó un papel preponderante, ya que las guerras no sólo interferían de forma directa en la producción, sino que la posibilidad permanente del estallido del conflicto deterioraba las expectativas de los empresarios que preferían abstenerse de hacer inversiones cuantiosas y de largo plazo.

En los años ochenta, a medida que comenzaron a agotarse los depósitos de aluvión más fácilmente explotables y se hizo imperiosa la necesidad de importar maquinaria más costosa, los inversionistas locales, que habían liderado el proceso, decidieron vender sus acciones y participaciones sobre las minas –por muy buenos precios– a empresarios extranjeros. Según la tesis de Brew, de la que la autora hace eco, el capital que se obtuvo de esa manera, ayudaría a explicar la importante expansión cafetera de las últimas décadas del siglo.

El resultado del proceso fue que para la década de 1890 la producción minera estaba prácticamente concentrada en manos de extranjeros, trayendo como consecuencia un cambio decisivo en la economía regional. Cuando hay numerosos productores –aunque sean pequeños y medianos–, los beneficios se irrigan de manera relativamente más homogénea y se benefician más sectores de la sociedad, lo cual no es necesariamente cierto cuando la riqueza se concentra en unas cuantas familias y empresas. Por tal razón, la autora sostiene que cuando la minería se concentró en pocas manos dejó de ser un

importante dinamizador de la economía –aunque la producción seguiría creciendo durante el siglo XX.

Durante este período, Medellín se convirtió en un importante mercado del oro, hasta el punto de que buena parte de la riqueza generada en las zonas mineras terminaría concentrándose en la capital de la Provincia. Ante ese hecho, Botero se pregunta por qué se concentró la riqueza, cuando siempre existía la posibilidad de que el mineral se dispersara y siguiera otras rutas para su exportación. La respuesta, según la autora, estaría en la creación de la Casa de Moneda en 1863, así como en la aparición de los laboratorios de fundición y ensaye, y en la conformación entre 1872 y 1883 de tres casas bancarias y cinco bancos privados que financiaban la actividad mercantil y las compras de oro.

Todas estas entidades, que con el tiempo se consolidaron y retroalimentaron mutuamente, atrajeron el oro de las regiones y convirtieron a Medellín en el principal mercado del metal. En ese sentido, los principales beneficiarios del proceso habrían sido los comerciantes quienes se beneficiaron tanto de las ventas de oro al exterior como de las mayores importaciones que podían realizar tanto desde el exterior como desde otras regiones del país. Esos comerciantes, muchos de los cuales tenían su sede en Medellín, comenzaron a canalizar el capital acumulado hacia otras actividades como la ganadería, el café e incluso el negocio mismo del dinero, mediante préstamos a particulares y al Estado.

Para la autora, la transformación de Medellín en un importante centro de comercio y posteriormente manufacturero, tuvo como origen en buena medida la liberalización del oro en 1850. Ese hecho, sumado al establecimiento de algunas entidades y algunos hechos coyunturales ya señalados, generaron un círculo virtuoso que aglutinó cada vez con más fuerza el mercado del oro alrededor de la ciudad y la convirtieron en un mercado cada vez más grande, que atrajo una migración importante.

Finalmente, cabe reiterar que el trabajo de Botero hace un importante

aporte a la historia regional al revelar cómo Antioquia no fue una región tan alejada y aislada como a veces se ha sugerido, sino que fue una región que se insertó con relativo éxito en los mercados internacionales; eso sí, las limitaciones propias de la región impidieron que el resultado del proceso tuviera el mismo impacto que tuvo en otras zonas del mundo.

Juan Esteban Vélez Villegas  
Estudiante de la III Cohorte del  
Doctorado en Historia  
Universidad Nacional de Colombia,  
Sede Medellín